

SIETE COLEGIOS, SIETE EXPERIENCIAS DISTINTAS

— Antonio Viñal Menéndez—Ponte —

A los 17 años, alumno de COU, Antonio nos presenta, en panorámica, su singular itinerario escolar.

Montessori School (2–3 años)

De entre los vagos y borrosos recuerdos de mi infancia, conservo el del primer colegio. Un niño de dos años y medio que llega a un país de habla, gente y costumbres diferentes. Nueva York, una ciudad que desconcierta a cualquiera, por su ritmo, sus contrastes, su mezcolanza... Y yo no era, ni mucho menos, la excepción. Me encontraba rodeado por "seres de chocolate" y "personas que no sabían hablar"; por tanto, mi primer colegio me pillaba en un mal momento.

Así que, día tras día, ahí estaba yo, brazos en cruz, tirado sobre la acera, mientras mi padre, como buen diplomático que es, intentaba convencerme esgrimiendo razones de peso. Ninguna de dichas razones lograba su propósito. Únicamente lo hacía su última frase: "Yo me tengo que ir, ahí te quedas". Entonces entraba porque no me hacía demasiada gracia verme solo en medio de la calle.

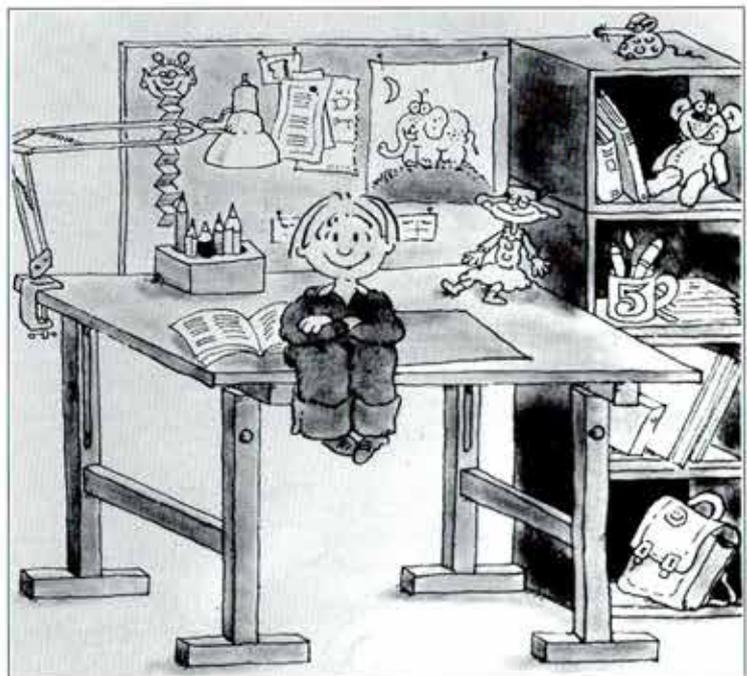
Saint David's (3–6 años)

Dominado el inglés, la llave de la integración, era un estadounidense más. El Saint David's contribuyó especialmente a que así me sintiera. Un colegio donde había un esfuerzo colectivo por favorecer y enriquecer las relaciones

interpersonales. De ahí que la convivencia fuera una regla sagrada. Por ejemplo: Un día, estando en el recreo y sin saber cómo, me encontré debajo de un tipo que pesaba lo suyo. Noté que me asfixiaba y no encontré mejor salida que morderle. ¡La que se a r m ó!

Durante toda esa semana las conversaciones con la directora fueron serias, nunca rígidas. No me acuerdo si al final logré convencerles de que yo no pretendía convertirme al canibalismo, sino seguir respirando. Pero lo cierto es que acabé pidiéndole perdón al chico que estuvo a punto de ahogarme. Al margen de este pequeño incidente, las amistades que tuve todavía no he podido olvidarlas.

En la clase teníamos dos profesoras —la principal y la ayudante— que nos prestaban una gran atención y eran de gran ayuda para nosotros. Aún no he vuelto a ver una enseñanza con más imaginación, a la hora de enseñar a niños de tres, cuatro y cinco años cosas como el abecedario, las estaciones o los números.



Todas las mañanas repasábamos con el dedo una hoja de cartón donde estaba escrito con lija el nombre de cada uno. Para explicarnos el otoño fabricábamos nuestras propias "hojas otoñales" (metíamos virutas de las ceras de colores en un sobre de plástico duro y las planchábamos. Quedaba el plástico con colores y tonos otoñales que luego introducíamos en una cartulina con forma de hoja). Asimismo, planchábamos, cocinábamos o hacíamos nuestro propio desayuno.

El "Show & Tell" (Mostrar y contar) era siempre un gran momento, en el que cada cual traía cualquier cosa que le gustara para explicarlo ante la clase. Un motivo de orgullo para el ponente, y de diversión para los demás. Nunca se dio el caso de interrupciones o distrac-

ciones. Sino que todos los alumnos participaban activamente tanto del tema como de la alegría del que hablaba.

La palabra desaliento no existía y todos, cada uno en su nivel, nos sentíamos impulsados a aprender. Existían cuadernos especiales para aquellos que iban muy avanzados. A mí me tocó hacer uno sobre la comprensión de la lectura con el que me sentía muy motivado. Además de las actividades colectivas, nos dejaban a cada uno a su aire para que pudiéramos explorar, investigar, leer etc. Después de mi experiencia americana, no he vuelto a ver profesores de preescolar tan implicados en su trabajo y que disfrutaran tanto haciéndolo.

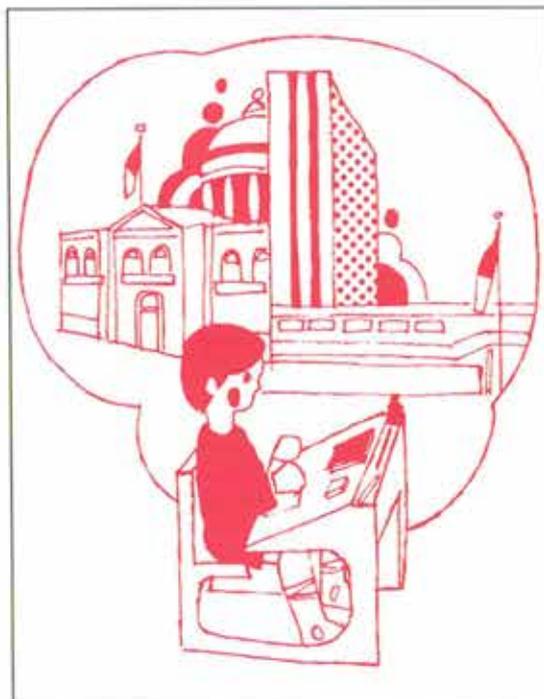
St. Bellow's (6-7 años)

Mi último año de estancia en Estados Unidos lo pasé en un pueblo cerca de Connecticut llamado Mamaroneck. Allí fui a hacer first grade (1º EGB) en un colegio público que, sin duda alguna, no tenía nada que ver con los colegios públicos de la ciudad de Nueva York. Éstos incluso podían llegar a ser peligrosos. Por el contrario, en el St. Bellow's me impresionaron sus magníficas instalaciones y su luminosidad.

El paso por la biblioteca era obligatorio. Cada uno tenía que escoger un libro que devolvía a la semana siguiente. Esto no sólo era un modo de aficionarse a la lectura, sino también de adquirir responsabilidades, porque si no se entregaba al cabo de algunas semanas, tenías que pagarlo de tu bolsillo.

Aquí el patriotismo se manifestaba con mayor fuerza si cabe: la jura de la bandera cada mañana, las prácticas del himno nacional y otras canciones como "America the Beautiful". Tengo que decir que yo me sentía totalmente estadounidense; y el ser español lo sentía como algo lejano. No era para menos. Sólo hacía falta ver a mis compañeros cantando a pleno pulmón y con gran orgullo el "Barras y Estrellas". Ese sentimiento de pertenencia a un país que es el que hace brotar la fuerza que alimenta al mismo.

Cuando uno de nosotros terminaba un cuaderno de trabajo, recibía una tarjeta con pegatinas, dibujos y serpentinas, en la que se decía que lo había terminado. Al finalizar el año, todos nos sentíamos encantados con la colección de tarjetas obtenidas. Y, ni que decir tiene, procurábamos obtener el mayor número posible.



En algunas ocasiones, teníamos una prueba de matemáticas que nos gustaba mucho porque estaba planteada como un juego: completar una hoja llena de sumas y restas en el menor tiempo posible. Bueno, todos excepto un japonés, Yohei, que era un fenómeno de las matemáticas y lo hacía con multiplicaciones y divisiones.

Instituto Británico (7 años)

Y aquí llega el cambio más dramático de todos: la vuelta a España. El primer día fue apocalíptico: me equivoco de aula, me toca un ogro por profesora y, luego, me meto en un comedor de locos. Los mayores tirándose el pan unos a otros. Gritos insostenibles. Cada uno a lo suyo. Vamos, la jungla.

La falta de compañerismo y la barbarie con que me recibieron los niños de mi clase (imperaba la ley del más fuerte), junto con lo poco motivado que me sentía y lo mucho que me aburría, me colapsaron; y, al poco tiempo, entré en una depresión nerviosa.

Saint Anne's (7-13 años)

Se trata de un colegio pequeño, familiar. Todos los alumnos se conocen entre sí, sean del curso que sean. Si bien, con los más pequeños, se nota más el ambiente de camaradería entre cursos (en el mío la hubo siempre). Por ello, para mí fue un alivio cambiar el cli-

ma de hostilidad del Instituto Británico por uno de mayor cordialidad y confianza. Sin embargo, con la edad del pavo (trece y catorce años) los del curso superior adoptaron un aire de chulería y una escala de valores de "tanto tienes, tanto vales" que resultaba bastante incómoda.

La enseñanza hasta 5º EGB estaba muy enfocada hacia el niño: su imaginación, su productividad. Si leíamos la historia de Robinson Crusoe, recreábamos su isla en un mural variando en todo lo posible los materiales. Fabricábamos los forros de nuestros propios libros. Y no había curso durante el cual no apareciera el teatro cuatro, cinco o seis veces. Casi siempre, obras ideadas por los propios alumnos.

La creación de dichas obras merece un comentario aparte: los temas saltan incesantemente; y, cuando ya está escogido, cada uno desgrana su particular sketch.

En su representación, la comunicación, la expresión corporal y el deseo de sorprender y ser sorprendido, establece una corriente interactiva entre actor y espectador. El fin es siempre el mismo: agrandar al público. Si se trata de una obra ingeniosa, que ha hecho brotar la risa y se ha disfrutado, misión cumplida. Algunas otras veces también representábamos obras ya escritas. Todo esto son pequeños chispazos que marcan la diferencia.

Ahora bien, como recuerdo importante, la competencia. Éramos un grupo de ocho o nueve niños y niñas para quienes el 9º5 resultaba poco. Esto exigía mucha tensión, pero tenía su parte de diversión. A pesar de que dicha competitividad se prolongó durante varios años, un curso destacó por encima de todos: 3º EGB. En ello influyó bastante la profesora de inglés de ese año. Los ejercicios debían de realizarse lo más rápidamente posible si queríamos dedicarnos a la lectura de libros. Una actividad complementaria que consistía en leer el libro y contestar alrededor de veinte preguntas sobre el mismo. Deshicimos todas las previsiones: dos pasamos de los cien y yo establecí el record en 124. Miss Monica repasó varias veces los títulos porque no podía dar crédito.

Lo más destacable, sin lugar a dudas, el bilingüismo. Para mí, que utilizaba el inglés y el español indistintamente, dicha enseñanza no ofrecía problemas, pero, para los demás, la comprensión y expresión de un idioma que no era el suyo hacía más difícil la asignatura. Por eso, en general, resultaba más fácil obtener buenos resultados en Lengua Española y Sociales.

Apartado especial merece la comida de este colegio. Yo he estado en otros seis colegios, que si bien no figuraban en la guía de Campsa, se comía bien, pero la del Saint Anne's debería ser objeto de inspección. El menú que mandaban a los padres resultaba tan apetecible como la carta de un restaurante, pero en la boca provocaba espasmos y otra serie de efectos secundarios que todavía los médicos están intentando descifrar. Es incomprensible que este aspecto de la vida colegial se pase por alto, a pesar de que está demostrado que una de las causas del bajo rendimiento escolar se debe a una alimentación deficiente. Así, cuando uno tiene que enfrentarse a la clase de Matemáticas con unos espaguetis babosos, una bola de cemento -llamado pastel de pescado- y media manzana en el estómago, sólo puede resolver medio problema.

Saint Seurin (13-14 años)

Si tuviera que destacar un sólo hecho entre todos los transcurridos durante mi año en Burdeos, ése sería la integración. El interés de los franceses por todo lo referente a mí (mi estancia en los Estados Unidos, el hecho de hablar tres idiomas etc.), y mi voluntad por corresponder a su simpatía facilitaron mi acoplamiento a su sociedad y su cultura. Al final del año, ésta se había consumado. Tanto fue así, que el último día de curso mis compañeros quisieron sacarme a hombros por la puerta del colegio.

Claro que a ello contribuyó la familia con la que conviví ese año. Él, arquitecto. Ella, pintora. Los hijos, de mi edad, locos por el skate-board. Una familia francesa atípica. Bohemia. Con ellos gocé de completa autonomía, a la vez que me cuidaron como a sus propios hijos. Esta autonomía supuso dejar atrás algunas cosas para enfrentarse a otras: empezar a tomar decisiones que otros, antes, habían tomado por mí. Por ejemplo, el sometimiento a un horario: al terminar el colegio, estudio, lectura o escuchar la radio para después acostarme lo más pronto posible, siempre antes de las diez.

A diferencia de los hijos de la familia en la que estaba, que tenían una vida social más o menos activa, yo pasaba la mayor parte del día en mi cuarto, incluso los fines de semana. Esto contribuyó a una mayor introspección y reflexión sobre numerosas cuestiones: el despertar de mi propia conciencia que salía en ese momento de la burbuja de protección en la que vivía; los temas religiosos y el sentido de mi existencia como la búsqueda permanente por saber.

En cuanto a la educación, tendría que reseñar la importancia de la expresión, tanto hablada como escrita, pues incluso en asignaturas como Historia, Geografía o Ciencias Naturales era primordial. Pero, sin duda, la asignatura clave era el francés. Y su presentación, de una gran originalidad. Por un lado, las partes más difíciles -gramática y ortografía- se exponían con gran claridad y concisión; por otro, la composición y los comentarios lingüísticos estaban dentro de unos contextos atractivos y de enorme interés.

Por ejemplo, el comentario de texto era un trabajo absolutamente individual y original del alumno, en el que la profesora no intervenía para nada. Esa libertad posibilitaba una mayor creatividad, puesto que no se limitaba simplemente al libro, sino que el alumno debía aportar su propia visión de los hechos.

Por último, decir que una asignatura como Educación Cívica me sirvió para comprender mejor la estructura de una sociedad como la francesa: organismos oficiales, problemas como el paro, relaciones internacionales... Asignatura que va más allá de la de Sociales en España, porque te introduce de lleno en el contexto de la vida diaria.

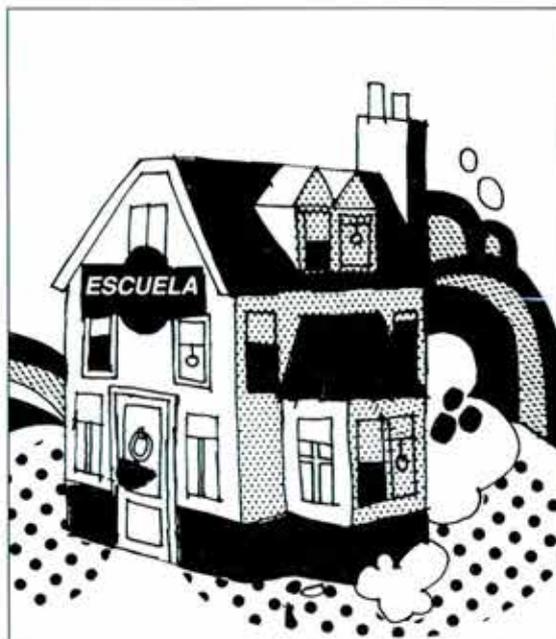
Nuestra Señora de las Maravillas (14-17)

Desde el primer momento que uno entra en el colegio, se hace notar el orgullo del alumnado por pertenecer a él. En cualquier actividad destaca la alta participación: equipos de deporte, coro de padres y alumnos, festival de música, celebraciones religiosas. Durante la confirmación del pasado año, al cantar el himno del colegio, se vivieron unos instantes especiales. La sensación de ese momento era: "Este es mi colegio".

Un colegio predispuerto a la escucha, el diálogo. ¡Cuántas veces habré visto chicos charlando con los hermanos de La Salle y demás profesores! Existe una relación singular que favorece muchísimo la clase y, además, se gana un amigo en el profesor.

Ya dentro de lo que son las clases, podría reseñar varios aspectos:

- *El compañerismo, cien por cien: que si me pasas unos apuntes, que si te ayudo con el latín, que si me haces una portada para un trabajo... Siempre es*



de agradecer que te echen una mano. Sobre todo, teniendo en cuenta que las clases son muy numerosas (40-45).

- *La preocupación e interés por el alumno que falta por enfermedad o cualquier otro percance familiar.*

- *El alto nivel académico. Desde luego, el listón está muy alto, pero en ningún caso es una exigencia inflexible. Al contrario, va hacia la superación de tus propias cotas. Y si tienes un problema en una asignatura, ahí están las clases de recuperación para grupos reducidos o los propios compañeros que se ofrecen.*

- *Siempre se busca favorecer al alumno: instalaciones deportivas, laboratorios, sala de audiovisuales, teatro, iglesia...*

- *La relación colegio-padres es, asimismo, excelente: una asociación de padres activísima e innumerables propuestas del colegio para enriquecerla (misas, conferencias, conciertos...).*

Un punto de apoyo básico es la religión. Porque hay gente muy valiosa. Porque te hace sentir especial. Y porque forma gente especial. Durante las últimas convivencias hubo, sobre todo, encuentro. Son convivencias planeadas con actividades de cara a la participación, al sentimiento. Pero es difícil explicar la emoción, ya que siempre acaba por desbordar el cauce de la razón. Si tú, junto con otros, te conviertes en protagonista directo de la aventura, perpetua aventura, que supone el conocimiento de Jesús, entonces ya no se puede dejar.

Este colegio da mucho, muchísimo de sí. Y, desgraciadamente, no soy capaz de captarlo en toda su esencia. Por eso, espero haber conseguido dar una idea de lo que pretende ser: una comunidad.